

Veracidad posible en el escribir y en el actuar

Someterse, aparte de las alteraciones de la expresión que nuestra propia insuficiencia no logra evitar, a las que pueda imponer la incompreensión, cuando no la desidia del que nos lee, justifica en todo caso una advertencia que nos preserve, en la medida en que esas tergiversaciones no nos sean imputables, de aparecer bajo aspectos contradictorios o ajenos a nuestra más personal consistencia. Se hace necesario así establecer, en previsión de tales equívocos, que la presencia real de un escritor no reside donde generalmente pretende advertírsela, en los desarrollos y temas elegidos con sus conclusiones explícitas, o en sus métodos y modalidades expresivas; productos subsidiarios de una tarea minuciosa de impregnación significativa en la que preponderan hábitos y disponibilidades psicológicas advertencias, especie de segunda naturaleza que se apodera de los modos externos de relación y lenguaje, superponiéndose y hasta en ciertos casos extremados suplantando a la personalidad original. El lector desprevenido, complicado en los avatares que esa desplegada diversidad impone a su expectativa inteligente, a menudo pierde así de vista la fuente oculta que la promueve y alimenta, la singular decisión de la que deriva y en la que, cuando se trata de un escritor auténtico, se exhuman y condensan sus más apremiantes tendencias personales. Atento a las vicisitudes de la expresión, acostumbrado quizás a ver en ellas una vanidosa complacencia en el ejercicio de habilidades técnicas inesenciales, no se apercibe del propósito subyacente de comunicación exhaustiva que lo informa, vertiéndose en un doble ímpetu de confesión y desafío. Ignora así la fuerza reveladora que irrumpe desde el borde del misterio interior, abriendo no obstante, por algún lado, una presunta

posibilidad de comunión, y que, liberando al escritor de sostenidos desamparos, lo enfrentan al mismo tiempo con tendencias discordes o antagónicas, hasta obligarlo en muchos casos a una reafirmación exaltada de su módulo personal.

La conversión efectiva de ese doble afán, supone paralelamente un doble riesgo; en su vertiente interior, un riesgo permanente de falsear la confesión, extraviándose ante el influjo de propensiones incontrolables; en su vertiente hacia lo exterior, un riesgo de enganarnos, perdidos en la mera actitud del desafío, no por alguna posible derrota fáctica, intrascendente en la medida en que separamos salvaguardar nuestra propia integridad, inmutables e insobornables ante las alternativas mundanas de éxito o fracaso, sino de un autodistanciamiento que desvirtúe nuestras promociones originales, subordinándolas a pasajeras exigencias de la lucha.

Una decisión se torna así, cuando se ama la reflexión, en una operación grávida y honda; la visión, amplificada por un pensamiento alerta, de sus infinitas repercusiones, acentúa una sensación informada de riesgo y sacrificio; en cada decisión sentimos cómo se compromete nuestra integridad y nuestra cohesión anímica; al diferir y administrar con deliberada discontinuidad el usualmente espontáneo y súbito impulso de actuación, forjando y deshaciéndonos de hipótesis cuya verificación rehuímos, pero a las cuales se adhiere, desgarrándose, un variable caudal emotivo, nos sentimos disminuidos y quebrantados como agentes responsables. La reflexión desintegra, relegándolo, el impulso usualmente adscrito a la fugacidad de un presente opresivo, dispersándolo en expectativas nutridas con una influencia difusa de lo pasado y futuro; se palpa

entonces la importancia crucial del menor acto decisivo, de las múltiples e imprevisibles resonancias que cada uno de ellos es capaz de despertar en el curso de nuestro destino. Nos sentimos atados a una capacidad de decisión indelegable; soportamos la vida como un elegir constante, oprimidos y agobiados por esa continua y torturante función, y al ir ejerciéndola, nos vamos desembarazando penosamente de los productos de esa obsesionante prerrogativa, sin que muchas veces podamos sostenerla con un sentimiento pleno de responsabilidad personal; ignoramos hasta qué punto esa transmisión, de la que somos forzados ejecutores, del querer enigmático que alimenta el oscuro fondo de lo viviente, en el querer de objetos y situaciones que lo concreta, inciden circunstancias indiscernibles que adulteran la puerza de una intencionalidad responsable. Por otra parte, en la faz confesional del escribir, acuden de zonas anímicas excéntricas, ansias espúrias de perduración incondicional, facultades e instintos desconectados, necesidades insatisfechas, capacidades no colmadas: nuestro exiguo saber y nuestro mendicante querer. Puestos a confesarnos, no reconocemos ya cuál de todas esas voces nos hablan del íntimo yo; sospechamos entonces que este nuestro yo no tenga voz válida, que acaso nuestro yo no sea sino ilusión, que todos los trágicos conflictos que nos angustian son simples contingencias fortuitas que hemos dejado sedimentar en nuestra psiquis alucinada... Pero, afirmándolo ¿no sentimos acaso un afán incontenible de comunicación total, de traducir hasta sus más secretos hontaneres nuestra sustancia inédita, de obviar tantos modos aleatorios de relación y lenguaje, con una definitiva versión que nos exima del vaivén insensato del coexistir? ¿No dispondremos acaso de la palabra reveladora, síntesis de nuestra cifra personal, que abra un camino real de nuestra alma al alma predispuesta a oírnos?

No podemos, para fin tan egregio, confiar demasiado en actitudes que tantas veces ya, nos han decepciona-

do, y en las que tentábamos esforzadamente exhumar, ora la desvalida razón razonante que inaugurara un Descartes, ora el arrebatado mesurado de un complejo pasional, con la fría pasión de un Pascal o con la ardiente entrega de un Nietzsche, actitudes que polarizándonos con entidades demasiado humanas, restringían insospechadamente nuestra integridad vital; prevengámonos contra tantos caminos promisorios y contra el torpe halago de la supuesta suficiencia con que podemos emprenderlos. El deber de siempre es filosofar; un querer exacerbadamente lúcido y conciente; mezcla de osadía y prudencia, que se lanza y se observa, que busca darse un cumplimiento pleno en un paroxismo de voluntad, pero que atina a examinarse al mismo tiempo con la helada pupila del investigador.

De la palabra salimos todos envilecidos y traicionados por tantas aproximaciones groseras, por tantas menciones fallidas y anfibologías subrepticias que adulteran las primitivas intenciones de comunicación; todos, aún el hombre de ciencia más sobrio y mesurado, con sus conceptos recortados y asepticos, somos más o menos culpables de traición a nosotros mismos. Quizás no podamos hallar expediente más sabiamente oportuno que tratar de extraer de esta torturada conciencia de una culpabilidad inmanente, en compensación de la debilidad que implica, la fuerza de rehuir la ridícula propensión a convertir lo expresado en una afirmación cuya tonta seguridad radica en una ignorancia casi voluntaria de sus limitaciones. Nunca podremos asegurarnos hasta qué punto no hablan por nuestra boca hábitos y disposiciones convencionales, cuando no opiniones ajenas que se infiltran disimuladas entre pasiones muy nuestras. La enumeración de parecidos escrúpulos, se tornaría sin duda interminable; pero no se hallaría una cimentación más firme que la que se apoya en una denodada fundamentación de escrúpulos; acaso escribir no pueda consistir honradamente sino en eso; no hay

fuerza más poderosa que la que conoce su intrínseca debilidad; un deber mínimo pero primordial de honestidad, constriñe al escritor a que, eludiendo valientemente tentaciones de omnipresencia, se ejercite en el ámbito de sus modalidades peculiares, colmando su estricta posibilidad.

No será posible, mediante ninguna intervención consciente, una expresión más reveladora de lo más nuestro, que aquella que atravesando infinitos desvíos y frustraciones aparentes, los deje resumirse en una configuración total que nos denuncie, concretando en nuestra misma impotencia, una imagen en la que se expliquen, por su participación en el conjunto, nuestros diversos modos. No importan, en ese supuesto, cuáles sean el tema y las ideas que se desenvuelvan; basta para ello que nos suministren la ocasión de transferir a una expresión de fidelidad conjunta, la experiencia recogida en peripecias actuales; que aún en la exposición aparentemente más abstracta, resuenen y vibren nuestros modos vivientes de reacción personal. La comprensión ha de comenzar en todo caso, más allá de las palabras en su esfera insularidad; cuando rehuyendo las distinciones netas y definiciones tajantes, nos abandonamos al íntimo balbuceo que nos acongoja, estamos casi sin saberlo, confiando lo más válido de nosotros. La reacción íntima es capa a la fórmula que la recoge y concreta; cuando creemos haber exhumado y coordinado la sustancia del yo, es cuando más claramente se nos revela su fluctuante inconsistencia. La introspección crea luces y sombras ficticias que proyectamos hacia un yo ilusorio, tal como en las experiencias micro-físicas la presencia del observador altera la naturaleza de lo observado; como alguien dijo: "somos lo que creemos que somos"; al interponer la conciencia su actividad ambigua, no sabemos nunca con certeza cuándo una experiencia es original, ni siquiera si una tal experiencia es posible. No queda otro recurso, reconociendo la pertinencia de un cierto behaviorismo, que confiar en una transparencia deno-

tativa de la conducta total, en que nuestros modos de exteriorizarnos abarquen en su conjunto nuestra actividad indesignable; nuestro peculiar mensaje se irá delineando como una integral de esa extraversión discontinua; seremos según actuemos y no según pensemos, extraviándonos en tensa y fallaz introspección; en una actuación abierta y desenvuelta se revelarán, sobrentendidas, nuestras virtualidades latentes. Búsquedas análogas sostienen y justifican todo un sector de la novelística contemporánea (la norteamericana en primer lugar), atendida a un relato directo de hechos desnudos, lejos de la tortura proustiana de ir destilando sutilezas psicológicas en las que llegamos a no poder discernir la parte de la realidad y de la fantasía; en esa tensión extrema del acto, cada persona descubre su peculiar condición como una predeterminación flexible de su acontecer temporal.

Las dilaciones infinitas con que la reflexión pura posterga un apartamiento radical, restablece la primacía ejecutiva de la acción hacia cuyo cáldo acontecer nos debemos lanzar con el irresistible apremio de nuestra precariedad existencial. Cuando no es refugio a dispersión banal, nuestra urgencia de acción precisa sostenerse en una fé que, sobreviviendo a las experiencias desquiciadoras que prodiga una fatalidad ciega e inexplicable, nos mantenga en una continuidad de sentido, arraigándonos en el yo y en el mundo como escenario de un destino coherente. La disolución de esa fé en un cumplimiento factible de hondas vocaciones, decepcionados por la vana fugacidad de las cosas, desfibra nuestra textura moral, entregándonos despersonalizados a las irrupciones de las energías anónimas. Pero dificultando esa autorealización dentro de un comportamiento auténtico, se nos oponen la diferenciación y artificialidad crecientes de las instituciones humanas; la utilización cada vez más indirecta y particularizada de nuestras potencias primordiales; la erección de ámbitos autónomos de acción colectiva y de cultura que desorientan y dispersan

las mencionadas energías. En épocas como la que vivimos, es cada vez menos factible el surgimiento pleno de personalidades rotundas que, soberanas de su entorno y sobreponiéndose a funcionalizaciones utilitarias, provean a su experiencia original, de una unidad de estilo reveladora de una unidad existencial. El mundo que nos rodea se opone cada vez más a una síntesis armoniosa con el yo creador; requiere cada vez más una ardua y penosa labor de meditación y acción para conciliarse con nuestras predisposiciones originales. Herederos directos de una experiencia humanista com-partida con todo el hemisferio occidental, no podemos concebir otros caminos de salvación que los que pueda abrir un esfuerzo personal denodado; nos resulta así incongruente y extraña toda solución que importe una intervención transcendente; de las fuerzas que contribuyen a forjar nuestro destino no podemos virilmente interesarnos sino en aquellas de cuya aplicación disponemos; ese orgullo propio del hombre occidental, no significa en sus mejores representantes ignorar los abismos que nos rodean; a propósito de ello se hacen necesarias algunas consideraciones complementarias.

En el oscuro proceso que antecede al acto voluntario, desplazamos y anulamos múltiples sollicitaciones discordes, renunciando a un máximo inalcanzable de disponibilidad ejecutiva. Fuerza de voluntad es fundamentalmente fuerza de sacrificio; vivir supone una anulación y muerte continuada; hay crecimientos en las sombras, indiscriminados, cuyas frustraciones se reiteran; sobrellevamos, inintermitente, la congoja de un renunciamiento inevitable a tendencias inmaduras; acaso, el acto decisivo, aparte de lo que recoge en sí mismo de ambición e inescrupulosidad, extraiga su frenesí de una honda esperanza en re-encontrarlas y revivirlas en estados posteriores más propicios. No nos es posible ignorar esos conflictos, dejando fluir la vida, irresponsables e ingenuos, émulos de la inocencia pueril;

participes seculares de la escisión cristiana, vivimos en cierto modo con la conciencia puesta en presuntos pecados; pretender anularla es exacerbarla, complicarla con un afán contraproducente de auto-negación que disuelve virtualidades esenciales y nos imposibilita para una acción pródiga y coherente. La dinámica espiritual, buscando vías de mínima resistencia, se acentúa, coartando tendencias divergentes, unilateralizando la psique que tiende a reiterarse en su propia índole; el yo, absorbente y despótico, se mira y admira en sus propias obras, inhibiendo desarrollos latentes, inconmensurables con las finalidades cuyo acceso se procura.

Una parte considerable de nuestra actividad mental se organiza y dinamiza en pos de atracciones muchas veces ilusorias, que desde su lejanía efectiva, rigen, disimulándola, la inanidad de muchos procesos evolutivos. Engañados por la exuberancia vital de las manifestaciones volitivas y afectivas con que se rodean en la comunicación ciertas meditaciones, solemos referirlas a fuentes impecables; pero cuántas veces no hemos sorprendido en la raíz oculta de que brotaban apasionadas búsquedas, un contrasentido banal, o un desplazamiento de planos o meramente una interpretación simplista de hechos complejos. Al extravío del pensamiento, más fácil de localizar, el extravío de la pasión agrega la ilusión de otras verdades determinantes; no es ese el menor de los peligros de ciertas filosofías oportunistas contemporáneas en las cuales casi siempre rastreamos, debajo de su pretendida firmeza, en equívocas sublimaciones, la irisada presencia de instintos animales, de goces directos y banales. Se culmina, siguiendo esa dirección, en una apología de la actividad en cuanto actual sin sentido fuera de ella misma, desprendida de especulaciones proscriptas como pretenciosas; actividad que fatalmente degenera en conducta fácil e incontrolada, diríamos in-moral, so capa de proporcionar una libertad integral a potencias supremamente válidas.

Como penosa consecuencia de la antedicha mutilación y parcialización del yo, nos vemos obligados a vivir las cosas (y una entre ellas, nuestra imagen física), perfiladas por una actividad definitiva, condenados a la inseparable compañía de una índole que nos invade por entero, adscribiéndonos a preocupaciones y presencias específicas que restringen la amplitud y pureza de nuestras más hondas finalidades; en nuestro mundo ideal se corporiza un mundo extraño que nos reemplaza como un sueño dentro de otro sueño; pagamos nuestra penetración simpática en las cosas con una inmersión forzada, casi hipnótica, en ellas, que nos condena a seguir viviendo en la ilusión aún después de las más radicales y necesarias desilusiones; permanecemos cautivos de circunstancias materiales que coordinaron aleatoriamente nuestros procesos de expansión ideal; nuestra obsesionante auto-afirmación termina por perdernos para nosotros mismos y para el mundo, encerrándonos en una voluntad excesiva para lo que no es ella. No por exigencia de sus finalidades externas provisorias, sino por su índole intrínseca, la actividad, de por sí, nos configura y determina como centro de fuerzas y como tal, falible y dependiente. Tan peligrosas tentaciones son entonces un apartamiento cobarde e infecundo, como una rebeldía ególatra; cada naturaleza hallará su modus vivendi particular, pero aquel que ha llegado a abrir su conciencia a lo ilímite, debe renunciar para siempre a una conciliación con la presión implacable de su entorno. De esa conjugación fluctuante, con sus etapas irregulares de abandono expansivo y reconcentración intensiva, han de surgir las situaciones problemáticas que nos individualizan; más aún: de la naturaleza de los problemas y objetivaciones con que la actividad de cada uno funcionaliza y selecciona lo externo, ha de surgir su propia recompensa o castigo; la elección y delimitación preferencial de objetos revierte sobre el sujeto, enfrentándolo a sus propias concreciones con las consecuencias afectivas que se le

derivan; así, tal hombre de ciencia recibe una paz benevolente y sosa de sus objetos calmos y deshumanizados; tal otro artista de la vida, cobra con intuiciones inquietantes o apaciguadoras las especiales deformaciones aperceptivas a las que lo fuerzan sus particulares inclinaciones.

Hay una relativa sabiduría de vivir que no es otra cosa que un conformismo dúctil ante las reducciones y alteraciones que la realidad impone a nuestros afanes; la llamada experiencia de la vida no es mucho más que un instinto certero para el renunciamiento oportuno, en un cálculo servil de probabilidades; pero lo mejor de nosotros rehuye esas concesiones humillantes; aunque arrastrados en el fragor de los sucesos, presentimos oscuramente que la raíz más nutricia de nuestro ser se hunde en nuestra irreductible soledad. Limitados, desamparados, las amenazas concretas que nos preocupan, paradójicamente nos salvan, enajenándonos, de la angustia sentida ante los insondables enigmas; como "ser en el mundo" (diría Heidegger) se vela nuestra desnuda comprensión, nos rehuimos como seres agónicos, ante la impenetrabilidad de lo absoluto. Distráido de su fragilidad y de la brevedad de sus plazos, complicándose en el fútil y estridente ajeteo de las ilusiones y pasiones triviales que enmascaran su vacío interior, el hombre se va incapacitando para sentir la enigmática dualidad de vida y muerte que se intrinca en cada acontecimiento de la vida. La desaparición irreparable de seres y cosas se acepta como algo accidental; se vive lo presente sin la conciencia de la inminente y definitiva pérdida; se proscriben, por disonante, toda insinuación de hondas conmociones o de sentimientos turbadores; se disimula el crucial "pathos" humano, detrás de una atmósfera irreal de verbalismos y pasiones menudas; en lugar de decisiones radicales, afectación y "parti-pris"; en lugar de un esfuerzo sincero de comunicación, un refinamiento del tacto como técnica distinguida de ocultación, presintiendo

acaso oscuramente el grotesco ridículo que supondría un enfrentamiento entre simulacros de hombres. Se vive así en estupor extático ante un mundo sombrío de costumbre y tema, ajenos al dramatismo de lo múltiple como niebla ante lo unitario posible y deseado; se desliza el sobreviviente proscrito en un tiempo vacío (angustia sin angustias) con esa carga huera e insostenible, dinero entonces para mercar olvidos de sí mismo. El animal humano navega así, arrobado entre nubes artificiales de sensaciones halagüeñas, esquivando, en la complicidad sobreentendida del "savoir - faire", la menor alusión a preocupaciones íntimas, que algún día, quizás, en soledad angustiosa, insomne entre ese sopor colectivo, le han de apretar el corazón. Esos fugaces despertares en que se percibe el halo mortal que rodea las co-

sas, son para el desvalido fugitivo de todos los días, la hora baudeleriana en que acudiendo al primer expediente que se nos ofrezca, debemos embriagarnos; de alcohol, de razón, de pasión, de creencias, o volviendo el rostro al enemigo, hasta con la creencia de que ya no tememos a la muerte, fingiendo desesperadamente una esperanza que no sentimos, en un hipócrita refinamiento de la cobardía. Pero de esas tortuosas vías no regresaremos jamás a una verosimilitud interior; presos en la culpa de nuestra temporalidad, no es embriagándonos, sino soberanamente lúcidos, en viril abstinencia de sucedáneos adormecedores, como tendremos que buscar, con renovada esperanza, en indigencia y riqueza, la resurrección de nuestra fe.

(Continuará)

GLUCKSMANN PALACE - Mercedes

Dirección BERNARDO GLUCKSMANN

La Sala de los Grandes Estrenos

PROXIMOS GRANDES ESTRENOS

ROMA CIUDAD ABIERTA

MILAGRO DE AMOR con Maria Duval

MI VIDA ERES TU con Patricia Rex

MUERTE EN EL CORAZON por Joan Bennet

LA NOCHE ETERNA con Henry Fonda

REX THEATRE - Mercedes

(LA SALA MAS POPULAR)

PRESENTARA ESTA TEMPORADA DE 1948 GRANDES
PRODUCCIONES CASTELLANAS Y EXTRANJERAS